

dades no estiman despues sino aquello que causa su perdicion? Esta advertencia es de la mayor importancia. No la olvides jamás, y aplica todos los medios posibles para ser santo : esta es la mayor fortuna que puedes amontonar.

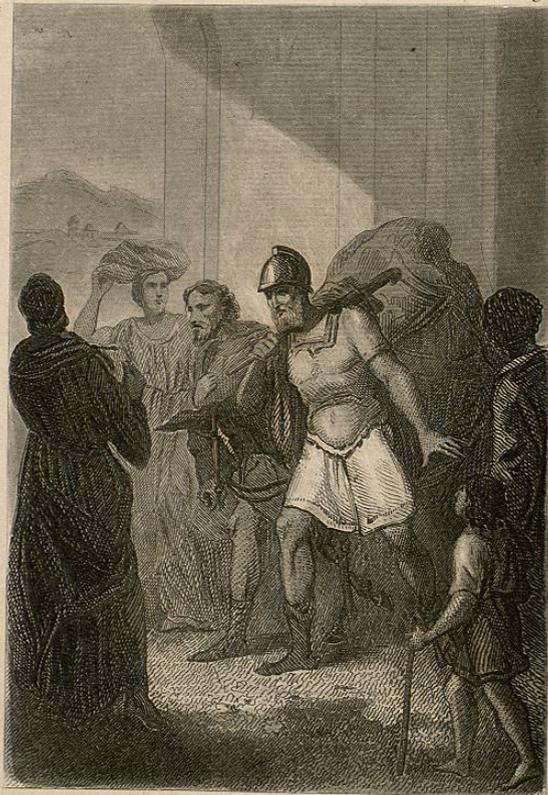
### LOS INNUMERABLES MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

Ennoblecida la ciudad de Zaragoza con todos los timbres que podia tener en lo civil, como ciudad que habia sabido atraerse las atenciones del mayor de los emperadores, quiso la divina Providencia que tuviese otros timbres de superior clase, concediendo á sus ciudadanos tanta gracia, que no tuviesen dificultad en verter su sangre por Jesucristo. La misma reina de los ángeles, que, segun el leccionario antiquisimo de aquella catedral, se dignó elegirla para su domicilio cuando todavia vivia en este mundo, parece que alcanzó de su Hijo que en aquella ciudad predilecta le compitiese particularmente el glorioso titulo de reina de los mártires. A estos pensamientos da lugar el número prodigioso de cristianos que tuvieron valor para sostener las verdades del Evangelio en presencia de los tiranos, y principalmente los mártires llamados Innumerables que celebramos en este dia, y cuyo martirio, segun consta de unas actas del siglo séptimo, es en la forma siguiente.

Dominaban en el imperio romano Diocleciano y Maximiano, tan unidos en la crueldad de sus leyes y en la impiedad de sus edictos, como en la dominacion del imperio. Persuadidos de que la religion cristiana, que iba haciendo rápidos progresos, podria perjudicar á sus intereses y derribarlos del trono, determinaron deshacerse de una vez de semejantes rezelos, dando

T. II.

P. 69.



LOS INNUMERABLES  
MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

un golpe que acabase enteramente con los cristianos, y produjese en su pecho la tranquilidad. Expidieron, pues, un decreto, por el cual abolian todas sus iglesias, les prohibian las juntas privadas en cualquiera pueblo sujeto al imperio, imponiendo pena de destierro á los contraventores, y llevando su crueldad impía hasta el extremo de que cualquiera pudiese ser demandante contra un cristiano, y quitarle la vida por si mismo si persistia en su religion. Para este efecto expidieron ministros por todas las regiones y provincias, dándoles la instruccion de que primeramente llamasen á los cristianos á su tribunal, y probasen con blanduras, halagos y promesas atraerlos á dar incienso á los dioses; dándoles á conocer que en esto obedecerian á los emperadores, y se harian acreedores á sus beneficencias; pero si por el contrario eran pertinaces en permanecer en su religion, contravinieron á los decretos de los emperadores, experimentarian el último suplicio por medio de los mas exquisitos tormentos. Salieron por todas partes los crueles ministros acompañados de una turba de satélites conformes en todo á sus intenciones, y los mas oportunos para la ejecucion de los inicuos decretos. Señalóse entre todos Daciano, hombre perverso, de entrañas duras, y de costumbres corrompidas, el cual, habiendo conseguido de los emperadores que le destinasen con esta comision á España, entró en ella como pudiera un sangriento lobo entrar en una manada de inocentes corderos. En cuantas ciudades estuvo, en todas dejó auténticas señales de su ferocidad sacrilega, dejando bañadas en sangre de cristianos las calles y las plazas; pero al mismo tiempo viendo con confusion suya que se arraigaba mas y mas el nombre de Jesucristo, y se multiplicaban sus adoradores.

Llegó finalmente á Zaragoza con el mismo espíritu

diabólico que hasta allí le habia agitado, y con la esperanza de que, exterminados los cristianos de aquella ciudad, que era mirada por todas sus circunscripciones como el centro del cristianismo, le seria fácil conseguir otro tanto en toda la península. Con esta persuasion derramó la sangre de san Vicente, quien no solamente ilustró aquella ciudad con su martirio, en que se compitieron la astucia y barbaridad de Daciano en inventar tormentos, y la fortaleza de Vicente en superarlos, sino tambien la ciudad de Valencia, que fue glorioso teatro de su triunfo. A este martirio añadió el de diez y ocho ilustres varones, llamados Quutiliano, Matulino, Urbano, Fausto, Feliz Primitivo, Ceeliano, Fronton, Apodemo, Casiano, Publio, Marcial, Succeso, Genaro, Euboto, Optato, Lupercio y Julio. Pareciéndole poco haber ensangrentado las manos en los robustos varones, extendió su crueldad á las delicadas doncellas, martirizando á la sagrada virgen Engracia, quien con un valor superior á su sexo sufrió que le despedazasen todo su cuerpo con tal inhumanidad, que le cortaron enteramente un pecho, y en los garfios de hierro salió una parte del hígado, la cual guardaron los cristianos por mucho tiempo, y Prudencio asegura haberla visto él mismo.

Todas estas victorias que conseguian los cristianos del inicuo juez, consternaban á este, y casi le reducian á la desesperacion viendo frustradas sus esperanzas. Por una parte, veia que los emperadores no podian quedar servidos, segun lo magnifico de sus promesas; y por otra, advertia en los cristianos tal firmeza en su religion, tan fundada solidez en sus principios, y constancia tan invicta para sufrir los mas horriblos tormentos, que por todas partes le parecia imposible salir con lucimiento en su bárbara comision. Por tanto, viendo que los medios comunes y usados pro-

ducian débiles efectos, apeló á la astucia y al artificio; y á la mucha que tenia Daciano, juntó toda la suya el espíritu infernal que le animaba. Resuelto á poner por obra un diabólico proyecto que habia meditado, y en que estribaba el último recurso de su ferocidad, llamó á todos sus soldados y ministros, y cuando los tuvo presentes, les habló de esta manera: « Por mas que hemos hecho, ó valerosos soldados de nuestros invictos emperadores, para vencer, destruir y arrancar la supersticion de los cristianos, y borrar, si fuese posible, de todo nuestro imperio tan infame nombre, vemos con dolor que nuestras diligencias, nuestros tormentos, y aun la misma muerte, lejos de intimidarlos y hacerles mudar de parecer, no sirven de otra cosa que de confirmarlos en su superstición, y de hacer mas visibles nuestra debilidad y su fortaleza. La sangre que derraman parece que tiene hechizos para multiplicar el número de cristianos y aumentar su constancia. No solamente los varones robustos, sino las tiernas y delicadas doncellas miran con ojos serenos dilacerar sus carnes, y cortar sus cuellos con la espada. Debemos ya estar persuadidos de que son débiles con esta especie de gentes todos los esfuerzos ordinarios. Yo he pensado un medio, por el cual podremos conseguir el universal exterminio de estos enemigos de nuestros dioses, y el completo servicio de nuestros príncipes; pero en este negocio, como en todos los de grande importancia, es el agente principal el secreto, que confío guardaréis como devotos de los dioses y como Romanos. Vosotros mismos conocéis que en esta ciudad se contiene una multitud innumerable de cristianos, á la cual seria imposible vencer acometiéndolos uno á uno, porque, fortalecida su alma con no sé qué lisonjeras ideas de otra vida, desprecian los tormentos, y nos desprecian á nosotros. El honor de nuestros dioses, lo sagrado de sus

templos, y lo religioso de sus ceremonias, es para ellos burla y escarnio, y no podemos negar que el verles perder la vida con tanta serenidad y alegría, nos estremece á nosotros mismos, y nos hace concebir una fuerza superior en sus opiniones. Por tanto, he pensado que todos mueran de una vez, y para que ninguno quede oculto, saldrán pregoneros por la ciudad publicando una sentencia capciosa, que, teniendo parte de castigo y parte de condescendencia, llegue finalmente á ser creida. Publicarás, pues, que á todos los cristianos libres ó esclavos, de cualquiera condicion, sexo ó edad que sean, se concede amplia licencia para que salgan de esta ciudad, y restablezcan su domicilio en donde fuere su voluntad; con condicion de que en este recinto no haya de quedar ninguno que adore á Jesucristo. Este decreto será recibido por ellos con los brazos abiertos; se los obligará á salir por determinadas puertas, y á determinada hora. Entonces vosotros, ó soldados, estaréis bien prevenidos de armas en lugares ocultos, y cuando tengais á vuestra discrecion aquella multitud inerme, saldréis de la celada, y los acometeréis con denuedo, matando indistintamente, de manera que no quede uno vivo. Para lograr mejor este fin, luego que se haya verificado la salida de todos, mandaré cerrar las puertas de la ciudad, y de este modo, aquellos miserables que huyesen de vuestros aceros, no encontrarán en ella asilo sino que serán precisamente víctimas de vuestras espadas. De esta manera quedarán exterminados los cristianos, vengados nuestros dioses, y nuestros emperadores servidos. »

Un discurso semejante no podia menos de ser recibido con aplauso por una gente criminal y bárbara. Todos lisonjearon á Daciano con la oportunidad y grandeza del proyecto, y todos se ofrecieron á ser sus

fieles ejecutores. Repartiéronse inmediatamente por la ciudad pregoneros que publicasen el decreto, el cual fué oído de todos los cristianos con suma complacencia, pensando que cesaba en parte la persecucion, y que en cualquier otro pueblo les sería permitido el libre ejercicio de su religion sacrosanta. Mas cuidadosos de esto, que de recoger los bienes terrenos que poseian, abandonaron sus casas inmediatamente, y salieron de la ciudad por las puertas occidentales, que eran las únicas que estaban abiertas. Causaba lástima ver una tropa innumerable de hombres y mujeres de todas las edades, que llenos de alegría caminaban á su parecer á un destierro, siendo cierto que tenian la muerte tan cercaña. Los ancianos se daban priesa á andar, sustentando los trémulos miembros en robustos báculos, temerosos de que pudiesen hacer falta á los cristianos su madurez y sus consejos. Los jóvenes regocijados abandonaban sus casas, teniendo en mas precio conservar la fe que habian recibido de sus mayores, que todos los tesoros del mundo. Las débiles mujeres, fortalecidas por una virtud superior á su sexo, iban con gusto, sin que los lamentos de sus tiernós infantes que colgaban de sus pechos fuesen parte para quebrantar su entereza. De todos ellos se formaba una multitud tan innumerable, que no parecia sino que habia salido toda la ciudad de Zaragoza. Pero lo mas admirable es, que aquella santa multitud abandonase sus casas y sus haberes con tanto regocijo y alegría, que entre todos ellos no se oia otra cosa que aquel cántico de los ángeles: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*. Al tiempo que iban cantando este dulcísimo himno, anegados todos en un gozo celestial, vieron los gentiles que habian salido todos los cristianos, y cumpliendo con la disposicion de Daciano, cerraron

las puertas para que no pudiese refugiarse á ella ningun fugitivo.

Esta era la hora de los perversos, y la potestad de las tinieblas; y asimismo el momento que Dios habia destinado para completar la mayor victoria que vieron jamás los siglos. Iban los cristianos todos juntos complaciéndose mutuamente unos con otros, y dándose mil parabienes porque tenian la dicha de padecer por Jesucristo aquel destierro. Los aires resonaban con himnos dulcísimos de alegría, en que daban á Dios gracias por la libertad que ellos imaginaban de poder libremente emplearse en el ejercicio de su sacrosanta religion. Acechaban entre tanto desde sus escondrijós los sacrílegos ministros de Satanás, y cuando les pareció oportuno, salieron de sus celadas como si fueran sangrientos leones á cebarse en la sangre de tanto cordero inocente. Corren aquí y allí los desapiadados ministros imperiales esgrimiendo las espadas, y bañándose con la sangre de las sagradas víctimas. A unos les cortan la cabeza, á otros les traspasan el corazon, y á otros los truncan y despedazan de mil diferentes modos. El anciano venerable exhala su débil aliento fortaleciendo á los demás, y exhortándolos á morir como verdaderos cristianos. El esposo muere en los brazos de la esposa, traspasándoles una misma espada los dos corazones á un tiempo. El niño muere en los mismos brazos de su madre, y apenas ha mamado la leche de sus pechos, cuando ya la está vertiendo hecha sangre por Jesucristo. Jamás se ideó proyecto que lograrse su efecto mas completamente, ni que fuese puesto por obra con mayor prontitud y perfeccion. En poco tiempo se vió todo el campo cubierto de cadáveres, y andar vagando los inicuos ministros con las espadas desnudas sin tener ya objeto alguno en que emplearlas. Quedó el inicuo juez sumamente ufano, pensando que habia

conseguido una grande victoria, y que habia exterminado de Zaragoza los cristianos de aquel modo. Pero su misma conciencia hacia traicion á sus deseos, y le hacia ver con una experiencia continuado que era mas fácil que se le acabase á la gentilidad la tiranía para perseguir á los cristianos, que á estos constancia y valor para sufrir sus persecuciones. Asimismo habia visto por repetidas experiencias que los cristianos muertos de aquella manera eran como una semilla fecunda, que producía ciento por uno, y que sería muy posible que, cuando él se imaginaba haber arrancado de Zaragoza las últimas raíces del Evangelio, estas se hubiesen quedado mas profundamente arraigadas en los pechos de algunos cristianos ocultos. Temió, pues, que no faltarian algunos que recogiesen aquellos sagrados cuerpos, y depositándolos en lugares muy honrados y ocultos, les dién á un culto y veneracion que negabasen sus dioses.

Por esta causa, inventó otro ardid no menos cruel é impio que el primero. Mandó que se juntasen en un monton los innumerables cadáveres de los esforzados soldados que habian dado su vida por Jesucristo, y poniendo al rededor de ellos la leña y combustibles necesarios, se hiciese una grande hoguera, de manera que quedasen todos reducidos á cenizas. Pero ni aun con esto descansaban los rezelos de su corazon maligno. Habia usado de todos los ardidés que le habia sugerido su diabólica astucia para que no quedase cristiano con vida : tenia mandado que los cadáveres de los mártires se redujesen á polvo para impedir que pudiesen ser venerados; y no contento con esto, mal seguro todavía, manda que saquen de las cárceles los reos mas facinerosos, y que, matándolos, mezclen sus cuerpos con los de los cristianos, y así confundidos sean todos convertidos en cenizas. Lisonjeábase su infernal astucia de que, siendo impo-

sible la separacion de las cenizas de los cristianos y de los malhechores, los mártires quedarian sin culto por no exponerse al peligro de dar la misma veneracion á las reliquias de los facinerosos. Ejecutóse este decreto impio; pero Dios, contra cuyo poder y sabiduría no hay consejo que prevalezca, aseguró para siempre el honor de los que le habian sacrificado su vida con un prodigio que ha sido la admiracion de su siglo y de los que le han sucedido. Las cenizas correspondientes á las reliquias de los santos mártires se separaron de las de aquellos facinerosos que habian muerto por su delitos, y de ellas se formaron unas masas de una blancura tan extraordinaria, que daban á entender muy bien la pureza de las almas que las habian habitado, y la inmarcesible de que ya estaban gozando en premio de su triunfo. El miedo con que entonces vivian los cristianos no les permitió otra cosa que el tomar con veneracion aquellas masas sagradas, y colocarlas en un lugar subterraneo en el campo, en donde estuvieron privadas del culto público todo el tiempo que duró la borrasca de las persecuciones. Restituida la paz á la Iglesia en tiempo de Constancio por los años del Señor de 312, fabricaron los cristianos de Zaragoza una capilla subterranea en el mismo lugar en que anteriormente habian estado escondidos los cuerpos de muchos mártires, y las santas masas de los innumerables que sacrificó Daciano. Con el tiempo se edificó en este mismo sitio una iglesia con el titulo de las santas Masas, á la cual fueron muy aficionados y devotos muchos santos obispos de España, entre ellos san Eugenio y san Braulio. En la devastacion de España por los Moros quiso la divina Providencia que, entre las iglesias que estos concedieron á los cristianos para el libre ejercicio de su religion, fuese una la de las santas Masas. De esta manera los innumerables mártires de

Zaragoza han recibido siempre el culto debido, y Dios ha manifestado por su intercesion á sus conciudadanos cuán gratas le son sus oraciones cuando le son presentadas por siervos tan amados.

### MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Cuarto, discípulo de los apóstoles.

En Cesarea de Capadocia, los santos mártires German, Teófilo, Cesareo y Vital, quienes sacrificaron su vida por la fe de Jesucristo, durante la persecucion de Decio.

En Zaragoza, los innumerables mártires, que, bajo el presidente Daciano, sufrieron una muerte gloriosa por Jesucristo.

En Viterbo, los santos mártires Valentin, presbítero, é Hilario, diácono, quienes, durante la persecucion de Maximiano, fueron, por la fe de Jesucristo, arrojados al Tiber con una piedra al cuello; mas sacados milagrosamente del rio por un ángel, les cortaron la cabeza, y recibieron así la corona del martirio.

En Inglaterra, santa Wenefrida, virgen y mártir.

En el monasterio de Claraval, el tránsito de san Malaquias, obispo de Connerth en Irlanda, á quien hicieron célebre en su tiempo las mayores virtudes. San Bernardo escribió su vida.

El mismo dia, san Huberto, obispo de Tongres.

En Viena, san Domnino, obispo y confesor.

En el mismo lugar, el tránsito de san Pirmin, obispo de Meaux.

En Urgel de España, san Hermengaud, obispo.

En Roma, santa Silvia, madre de san Gregorio, papa.

En tierra de Lauragais en el Languedoc, san Poul, mártir.

En Ruerga, san Egecio, obispo.

En Autun, el tránsito de san Preuil, obispo.

Cerca de Autun en el Perche, san Beaumer, diácono, catequista bajo san Inocencio, obispo del Mans.

En Vannes, san Gobrien, obispo, venerado tambien en San Maló.

En Landevenec en la Baja Bretaña, san Guenau, abad.

En Lima del Perú, el venerable Martin de Porras, de la orden tercera de santo Domingo.

En Panzano de Toscana cerca de Pasiñano, san Eufrosino.

En Salerno, san Valentiniano, obispo.

En Descoron en Aragon, san Gaudioso, obispo de Tarazona, discipulo de san Victoriano de Asana.

En el Abruzo ulterior, el bienaventurado Berardo, confesor.

*La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente:*

Respice, quæsumus, Domine, familiam tuam, et præsta, ut sanctorum innumerabilium martyrum intercessione munita, ab omni sit culpa defensa. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Mirad, Señor, á vuestra familia, y concedednos que protegida por la intercesion de los santos innumerables mártires sea preservada de toda culpa. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 3 del libro de la Sabiduría.*

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una

pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se. Tanquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justis, et tanquam scintillæ in arundineto discurrunt. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz; y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido lijeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

#### REFLEXIONES.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no los tocará el tormento de la muerte. Si se consideran estas palabras segun las ideas que ofrecen los objetos sensibles de la carne y sangre, parecen desde luego una ilusion, y como que se oponen á las repetidas experiencias que nos ofrecen todos los siglos, y de que están llenas las historias. Nada mas comun que ver perseguidos á los justos, y oprimidos de la malignidad á los hombres mas virtuosos é inocentes. Basta para sufrir los golpes de la envidia, los zelos rabiosos de la emulacion, y el desprecio universal de las gentes del mundo, el hacer profesion de seguir las máximas del Evangelio. Ser justo y ser vilipendiado, abatido, perseguido y condenado á tribulacion, son unas expresiones equivalentes. Ni puede ser otra cosa, atendiendo á la naturaleza de la justicia, las máximas del mundo y la palabra de

Dios. La justicia es mirada con odio universal de todos aquellos que tienen en la injusticia sus intereses. El mundo es necesario que abomine todo aquello que pretende su destruccion, y que tiene declarada viva guerra á sus máximas corrompidas. Dios finalmente, cuyas palabras son mas firmes y subsistentes que los cielos y la tierra, tiene dicho que los justos no experimentarían jamás otra suerte que la que él habia experimentado; que el mundo los perseguiria puesto que á él le habia perseguido; y últimamente, que ninguno de sus discipulos podria tener pretensiones de ser mas que su Maestro.

Sin embargo de todas estas verdades, el Espíritu Santo dice que las almas de los justos están en la mano de Dios, y que no los tocará el tormento de muerte. Que á los ojos de los necios pareció que morían, y juzgaron que su muerte estaba llena de aflicciones é ignominias; pero que en la realidad ellos descansaban en paz, y sus almas están en las manos de Dios. ¿Qué expresiones puede encontrar el cristiano que le aseguren con mayor firmeza de una vida inmortal contra todas las cabilaciones de aquellos infelices entusiastas, que quisieran morir como bestias por tener tranquilidad en sus delitos? ¿qué fundamento mas sólido puede encontrar el hombre para afianzar unas esperanzas eternas y unas dichas superiores á toda imaginacion? Sí, cristiano, padecerás en este mundo: los perversos, los malvados perseguirán tu justicia, calumniarán tu virtud, morderán con lenguas viperinas la santidad de tus costumbres: su malignidad furiosa llevará su encono hasta el punto de asestar á tu vida, y de hacértela perder en cárceles, en destierros, entre hambre y miseria, pero cuando te despojen de todo, no podrán quitarte dos cosas: la una es la virtud que tranquiliza tu conciencia, y te hace gustar de las suaves delicias de la paz y de las esperanzas

que no podrán amortiguar todas las adversidades de esta vida : la segunda es tu Dios, que es omnipotente, sapientísimo, fortísimo, y Dios de justicia y de venganzas, que está siempre junto á tí para sostenerte con su gracia y vengarte de tus enemigos. Vendrá tiempo en que ellos reconozcan su error, en que reciban la sentencia, debida á sus iniquidades, y que, viéndote sentado en un trono de estrellas disfrutando la gloria de Dios, su amistad y su confianza, se llenen de confusion y arrepentimiento, y paguen los delitos presentes con una desesperacion eterna. No dudes, pues, que las almas de los justos están en las manos de Dios; y que, aunque delante de los hombres padezcan grandes tormentos, sus almas están tranquilas porque las anima una inmortal esperanza.

*El evangelio es del cap. 15 de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Hæc mando vobis, ut diligatis invicem. Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit. Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret : quia verò de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, propterea odit vos mundus. Memento sermonis mei, quem ego dixi vobis : Non est servus major domini suo. Si me persecuti sunt, et vos persequentur : si sermonem meum servaverunt, et vestrum servabunt. Sed hæc omnia facient vobis propter nomen meum : quia nesciunt eum, qui misit me. Si non venissem, et locutus

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Esto es lo que os mando, que os améis unos á otros. Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí antes que á vosotros. Si fuérais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por tanto él os aborrece. Acordaos de la sentencia que os dije : No es el siervo mayor que su señor. Si á mí me persiguieron, también os perseguirán á vosotros; si guardaron mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto lo harán con vosotros por causa de mi nombre; porque no conocen á aquel que me envió. Si

fuissem eis, peccatum non haberent : nunc autem excusationem non habent de peccato suo. Qui me odit, et Patrem meum odit. Si opera non fecissem in eis, quæ nemo alius fecit, peccatum non haberent : nunc autem et viderunt et oderunt me, et Patrem meum. Sed ut adimpleatur sermo, qui in legum scriptis est : Quia odio habuerunt me gratis.

no hubiera venido, y no les hubiese hablado, no tendrían culpa; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece á mí, aborrece también á mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos obras tales, que ningun otro las hizo, no tendrían culpa; pero las han visto, y con todo eso me aborrecieron á mí y á mi Padre. Pero debe cumplirse aquella sentencia que está escrita en su ley : Me tuvieron odio sin motivo.

#### MEDITACION.

SOBRE EL BUEN USO QUE SE DEBE HACER DEL TEMOR EN ORDEN Á LA SALUD ETERNA.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que, teniendo en tu alma un principio, por el cual te es natural el temer lo que te daña, debes hacer de él tal uso, que de ninguna manera temas á los hombres cuando se trata de poner óbices á la salud eterna de tu alma.

Pocos afectos se encuentran en el alma racional que produzcan tantos provechos y daños, segun su buen ó mal uso, como el temor. La seguridad que solemos disfrutar en medio de los peligros, es sin duda obra suya; á él deben igualmente los políticos aquellos grandes rasgos de prudencia que producen la felicidad de un estado; pero segun las máximas del Evangelio aun es mas, pues se dice que el temor de Dios es la basa y el fundamento de toda sabiduría. Este afecto que trae á los hombres en una agitacion